

África en globo

Persiguiendo a Julio Verne

Hace 25 años, tres catalanes construían el primer globo de España para adentrarse en el África negra siguiendo los pasos del doctor Fergusson, el protagonista de “Cinco Semanas en Globo”. Estuvieron 11 meses volando y, al volver fundaron Ultramágic. Para celebrar el Año Julio Verne, los mismos protagonistas han vuelto a cubrir parte de aquel itinerario acompañados por 15 equipos, diez de ellos españoles.

Texto y fotos: Fèlix Merino

Fue el explorador francés del Polo, Paul-Émile Victor quien escribió: “La aventura es la única forma de robar tiempo a la muerte”. El hombre busca la aventura para sentirse vivo. Y cuanto más muerto está, más la necesita. Entonces no hay obstáculo insalvable, río innavegable ni montaña inalcanzable. Todo aventurero esconde una mezcla de soñador y ciudadano abatido.

Quienes hayan explorado los rincones más escondidos del planeta habrán comprobado la reacción, extraña y curiosa, de los lugareños al aparecérselos un blanco en medio de la nada. En la Selous, la mayor reserva de animales salvajes del mundo, a penas unos masais habitan su 55.000 km² (superficie equivalente a toda Suiza). Las llanuras de esta inmensa sabana africana está dominada por leones, hipopótamos, jirafas, elefantes, búfalos y zebras. No hay en la tierra semejante espacio donde los animales vaguen en absoluta libertad. Aquí hay tantos animales que desde hace unos años está permitida su caza previo pago de 22.000 euros por pieza y unos permisos especiales. El instinto predador del hombre blanco nos hace una especie violenta y peligrosa.

Desde que los jóvenes ingleses descubrieran el mito de África a través de los “Retratos de caza y animales salvajes de África” del cazador William Cornwallis Harris a mediados del s.XIX, el hombre moderno no ha dejado de soñar con África sin importarnos la reacción de sus gentes o el impacto sobre sus actitudes. Más si llegamos en globo, un medio que para la mayoría de lugareños es totalmente desconocido. Muchos tanzanos de aldeas limítrofes en el parque de Selous corrían despavoridos pensado que aquella bola de fuego

que caía desde el cielo no podía ser nada bueno. Sólo los más ancianos recordaban haber visto un aparato semejante hace 25 años. Nadie más se atrevió a adentrarse en esta estepa llena de peligros subido en un globo.

En 1980, Joseph María Lladó, Jaume Llansana y Joan Comellas decidieron ser los primeros hombres en hacer realidad los viajes imaginados por Julio Verne en “Cinco Semanas en globo”. Todavía hay ancianos que recuerdan haber visto un “mputo” (globo en swahili, la lengua local de esta zona) surcando los cielos de la ribera del Rufiji Rivier. Petros Isaya, profesor y sacerdote en Kisaky una aldea del interior nos recibe en su modesta casa de adobe de planta rectangular y techo de ramas caducas a dos aguas. Está seguro de haber visto “el globo de los tres científicos blancos”, en una muestra más del carácter mitificador del africano cuyo código de cultura y creencias nada tiene que ver con el de los ‘mzungus’, (blanco en swuahili).

Para ellos todo lo que viene del cielo (lluvias, tormentas, rayos o truenos) es algo relacionado con la divinidad de la Madre Tierra. Así que de ningún otro modo aquellos tres jóvenes pueden ser para ellos lo que realmente eran: sólo unos aventureros, unos escapistas de la misma monotonía provinciana que motivó a Julio Verne escapar de Nantes cuando sólo tenía once años enrolándose en un buque mercante. Igual que Verne el trío de Igualada soñaba con la aventura y para realizarla construyeron con sus propias manos el primer globo de España. Era 1980 y lo bautizaron con un nombre de viento: El Tramuntana. Subidos en el Tramuntana volaron los cielos del continente negro durante un año.

De regreso a la ciudad catalana decidieron dar forma de empresa a su aventura. Así nació Ultramagic, hoy el segundo fabricante de globos del mundo y el primero a nivel de competición. Y para celebrarlo el grupo voló de nuevo desde Zanzíbar al continente acompañados de 30 pilotos, 15 equipos, de todo el mundo. Fue la mayor concentración de aerostáticos de África. No era para menos ya que la travesía desde Zanzíbar al continente (40 millas por encima del Océano Índico) es mítica entre los globeros. Mítica por su dificultad técnica: es demasiada distancia para la autonomía de estos aparatos si no soplan los alisios, vientos de Sureste típicos de la zona. Mítica porque hasta ahora sólo los tres chicos de Igualada lo habían conseguido. Pero, sobretodo, mítica porque de aquí parte el primer vuelo de Cinco Semanas en Globo, un libro de cabecera para todos los pilotos. “Sólo hay una forma de escuchar el sonido del

mar y es volando en globo. Al desplazarte con el aire estás en silencio absoluto. En este momento puedes oír la garganta de las olas”, asegura Llansana.

Es este mismo silencio el que te da ventaja sobre los animales al volar sobre la Selous. A diferencia de un avioneta o ultraligero, el globo te permite acercarte sin a penas hacer ruido. De madrugada sólo el silencio del quemador los ahuyentaba tímidamente. Manadas de elefantes, antílopes, gacelas, ñus, leones y leopardos. La inmensidad de esta reserva convierte al hombre en anécdota por mucho que la mire desde el balcón de una cesta de globo. “El león posee dos requisitos esenciales para la felicidad terrenal: buen apetito y ningún escrúpulo”, escribió el gran aventurero inglés, Frederik Selous, quien después de toda una vida cazando acabó siendo un fervoroso conservacionista y murió a los 61 años cuando luchaba contra los alemanes en la I Guerra Mundial. Su cuerpo descansa cerca del río Rufiji. “Si no puedo disfrutar de buenas cacerías en este mundo, las tendré en el otro”, escribió el mítico caballero blanco que da nombre a la reserva.

Otro de los mitos de la Selous es la mosca tse-tse que en época de lluvias causa estragos entre la población y los animales de las inmensas llanuras sólo entorpecidas por las montañas Uluguru. Tras el aterrizaje, una vez en tierra, no sólo la perspectiva del paisaje cambia: del verde y alegre a lo seco y adusto. También cambia la impresión que se tiene de uno mismo, indefenso ante cualquier ataque de leopardos o leones mientras llega el rescate. Aquí de nada sirven los GPS ni los 4x4. En la estepa africana el medio continúa indómito y salvaje como las fieras que lo habitan. Lo normal es pertenecer a un colectivo y respetar sus códigos ancestrales como el de las mujeres de los Nyakyusa, una de las tribus dominantes al Sur de la Selous (los 30 millones de tanzanos se reparten en más de 130 tribus). En esta etnia, donde se practica la poligamia y el hombre no protege a su mujer, lo habitual es que una madre no tenga a otro bebé hasta que el primero no aprenda a correr para, en caso de peligro, refugiarse a su vera. Aquí el medio se impone al hombre.

Esta concepción teocéntrica y cosmocéntrica de la vida es lo que antropólogos como Lous Dumont han bautizado como “holismo”, que se contradice directamente al sistema de nuestras sociedades basadas en el individualismo antropocéntrico. “África no podrá modernizarse sin un ataque corrosivo y disolvente de su ‘muntu’, el carácter africano. Por ello hablar de culturas y

democracia en este continente resulta contradictorio”, escribe el autor francés. Bajo este punto de vista, el afropesimismo (‘no se puede hacer nada por ellos’) es para muchos afro-optimismo, pues estas sociedades son la última ventana abierta que nos queda al mundo tradicional. Tanto es así que, de vuelta a nuestros hogares, a nuestros atascos (un occidental pasa tres años de su vida haciendo colas), de nuestros confort irreal (el 87% de las familias españolas están endeudadas), empezamos a echar de menos estos instantes preñados de presente, de vida incendiada. Con los días empezamos a preguntarnos a qué huele el óxido de la memoria olvidada. Poco a poco, empezamos a morir por otra aventura.